

Juan Grigera
(compilador)

ARGENTINA
después de la convertibilidad
(2002-2011)





COLECCIÓN BITÁCORA ARGENTINA
Dirigida por Alejandro Falco

Juan Grigera (compilador)

ARGENTINA después de la convertibilidad (2002-2011)

1a ed. Buenos Aires: Imago Mundi, 2013.

304 p. 22x15 cm

ISBN 978-950-793-145-1

1. Política Argentina. 2. Ciencias Sociales. I. Grigera, Juan, comp.

CDD

Fecha de catalogación: 05/12/2012

©2013, Juan Grigera

©2013, Ediciones Imago Mundi

Distribución: Av. Entre Ríos 1055, local 36, CABA

email: info@imagomundi.com.ar

website: www.imagomundi.com.ar

Diseño y armado de interior: Alberto Moyano, hecho con $\text{\LaTeX} 2_{\epsilon}$

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina. Tirada de esta edición: 700 ejemplares

Se terminó de imprimir en el mes de marzo de 2013 en Gráfica San Martín, Güiraldes 2727, San Martín, Provincia de Buenos Aires, República Argentina. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo por escrito del editor.

Índice general

Juan Grigera

Introducción. IX

I Política y poder durante el kirchnerismo

- 1 *Alberto Bonnet y Adrián Piva*
**Un análisis de los cambios en la forma de estado en la
posconvertibilidad** 3
- 2 *Mariano Dagatti*
**La refundación kirchnerista. Capitalismo, democracia
y nación en el discurso de Néstor Kirchner** 33
- 3 *Andrés Wainer*
**Cambios en el bloque en el poder a partir del
abandono de la convertibilidad. ¿Una nueva
hegemonía?** 63
- ## II Trabajo, clase obrera y conflicto
- 4 *Alejandro Schneider*
**Política laboral y protesta obrera durante la
presidencia de Néstor Kirchner (2003-2007)** 97
- 5 *Paula Varela*
**El sindicalismo de base en la Argentina de la
posconvertibilidad. Hipótesis sobre sus alcances y
potencialidades** 115
- 6 *Clara Marticorena*
**Relaciones laborales y condiciones de trabajo en la
industria manufacturera durante la
posconvertibilidad** 135

III Capital, acumulación y desarrollo

7	<i>Juan Grigera y Matías Eskenazi</i> Apuntes sobre la acumulación de capital durante la posconvertibilidad	165
8	<i>Gastón Ángel Varesi</i> Modelo de acumulación, dinámica política y clases sociales en la Argentina posconvertibilidad	195
9	<i>Laura Álvarez y Claudia Composto</i> Estado, empresas transnacionales y resistencias sociales en la gran minería	223
	Autores	267
	Bibliografía	269
	Índice de autores	289

I

Política y poder durante el
kirchnerismo

La refundación kirchnerista. Capitalismo, democracia y nación en el discurso de Néstor Kirchner

Mariano Dagatti

.....

Introducción

La refundación kirchnerista se inscribe en la larga lista de proyectos presidenciales que han intentado definir una *frontera política* entre un pasado demonizado, que se requiere aún visible y presente, y la construcción de un futuro auspicioso, que emerge como el anverso de ese orden injusto que debe ser abandonado. Así, Hipólito Yrigoyen anteponía «la causa» del radicalismo a un régimen «falaz y descreído» que tenía sus orígenes en la presidencia decimonónica de Miguel Juárez Celman; Juan Perón, por su parte, confrontaba las desdichas de la «Década infame» con la instauración de una «nueva Argentina, justa, libre y soberana», y tres décadas después, la tensión social, inestabilidad económica y debilidad política de la Argentina de Lanusse con la «Argentina potencia» de la «reconstrucción nacional». Más cercanos en el tiempo, «la primavera democrática» del alfonsinismo y la «Argentina primermundista» del menemato han sido también ejemplos de este «ánimo fundacional» que Gerardo Aboy Carlés (2005) le adjudica a todo discurso político, en la medida en que se presenta como una ruptura radical con «una situación pasada pero aún cercana o amenazante» y reivindica «un tiempo posterior venturoso que aparece como la contracara *vis à vis* de ese pasado que se pretende dejar atrás». La refundación que el kirchnerismo postula como condición del «cambio»,¹ nacida al calor de los ecos insurreccionales de

1. El formato elegido para los fragmentos que extrajimos de los discursos públicos de Néstor Kirchner es el siguiente. Cuando la cita supera los tres renglones, hemos colocado el párrafo por separado con cuerpo tipográfico y marginación

2001 y bajo el regazo de la restauración iniciada por Eduardo Duhalde, no ha sido la excepción.

Con esta larga tradición regeneracionista de fondo,² el objetivo general de este capítulo es esbozar líneas de análisis para comprender el modo en que el ex presidente Néstor Kirchner procura, en los discursos públicos que pronuncia durante su primer año al frente del poder ejecutivo nacional (en adelante, DK), marcar un efecto de frontera con la Argentina neoliberal y postular una matriz capitalista «sustentable» fundada en un paradigma nacional.

La investigación considera la totalidad de los discursos orales monologales pronunciados públicamente por el mandatario desde el día de su asunción al cargo, el 25 de mayo de 2003, hasta el 24 de mayo de 2004. Estas alocuciones se llevaron a cabo de modo regular en ámbitos restringidos y delimitados: en el Congreso nacional, en la Casa de Gobierno, en actos públicos producidos en diversas localidades del país y en sucesos internacionales. Seleccionamos del total, a guisa de ilustración, ciertos fragmentos que nos permitieran dar cuenta del funcionamiento del dispositivo enunciativo kirchnerista. El criterio que ha primado a la hora de determinar un lapso temporal de acarreo de archivo y constitución de *corpus*, ha sido el alto grado de imagen positiva de Kirchner en la opinión pública, tomando como guía las encuestas y sondeos publicados durante su primer año de gestión y, principalmente, la encuesta exclusiva que realiza el Centro de Estudios de Opinión Pública (CEOP) para *Clarín* el 25 de mayo de 2004, en la que hace un balance anual de la gestión. Ocho de cada diez argentinos, según esta encuesta, tenían al presidente en alta valoración, con un incremento de más de veinticinco puntos de las expectativas respecto del inicio de su gestión.

Pensamos que el análisis del discurso político como tipo discursivo ofrece pistas para explicar, en alguna de sus dimensiones constitutivas, el funcionamiento de un sistema político, cualquiera sea su origen, su

especiales, seguido por el detalle de la fecha del discurso (v. g. 21 de agosto de 2004). En aquellos casos en que los segmentos eran menores, hemos utilizado comillas dobles y en seguida el detalle de la fecha encabezado por la abreviatura DK (v. g. DK, 21/08/04). Cuando las comillas dobles refieran a otras fuentes, haremos las indicaciones necesarias. Por último, debemos aclarar que los fragmentos citados son significativos respecto del *corpus* analizado y que podrían, llegado el caso, ofrecerse otros fragmentos a consideración.

2. «Regeneracionismo» es la categoría con que Natalio Botana designa este ánimo fundacional en su obra *Poder y hegemonía*. Según el autor, «el deseo de poner a nuevo un orden injusto y además agotado, recaló constantemente en nuestro desenvolvimiento político (. . .). Para nuestro regeneracionismo, esta manera concebir la política suponía una dicotomía y una voluntad de refundación» (Botana 2006, pág. 34).

institucionalidad y su eficacia gubernamental; los discursos políticos involucran procesos de identificación que dan cuenta de las prácticas e imaginarios sociales de una comunidad determinada: su sentido histórico, sus valores, sus movilizaciones en función de objetivos e ideales, su identidad como pueblo, sus modos de representación y delegación, el modo habitual de articular eficazmente sus demandas, etc. El análisis de los discursos políticos adquiere central relevancia en el intento por describir y comprender las dinámicas y los procedimientos discursivos que operan en el proceso de establecimiento de un contrato – siempre coyuntural y precario – entre las instancias política y ciudadana. Existen indicios semióticos en las alocuciones presidenciales que nos autorizan para orientar una reflexión acerca de la forma en que el kirchnerismo recupera, define y delimita como proyecto original un «capitalismo nacional» cuya finalidad es lograr una articulación sustentable entre capitalismo global, democracia y nación. Entendemos que esta dimensión de análisis es oportuna para el estudio de un aspecto medular de la configuración del kirchnerismo como fuerza política, esto es, el modo en que la refundación que el DK formula instituye en su provecho una filiación con tradiciones, corrientes e imaginarios nacionales y democráticos de alta eficacia aglutinante, que dotan al kirchnerismo de una identidad singular.

La reconstrucción nacional en el capitalismo democrático: sueños, bienestar y militancia

Los gobiernos argentinos – sea cual fuere la legitimidad de su origen y la convicción en sus aspiraciones – suelen darle un peso determinante a lo que podríamos denominar la tópica³ nacional de la *promesa incumplida*: la relación inversamente proporcional entre el mito de un origen y destino gloriosos y la experiencia de una decadencia progresiva. La crisis argentina de 2001 fue, además de política e institucional, una crisis de las concepciones nacionales de identidad: ¿qué es la Argentina?, ¿qué debe ser?, ¿qué está destinada a ser?, ¿cuál es su proyecto de nación? Existe una convicción atávica, a guisa de trascendencia nacional, de que

3. Por tópica hacemos referencia en este capítulo a configuraciones estables formadas por varios motivos que reaparecen con frecuencia en determinado tipo de discursos (cfr. Ducrot y Todorov 2003, pág. 257). Según el *Diccionario de análisis del discurso*, compilado por Charaudeau y Maingueneau (2005, pág. 558), una tópica «es un sistema empírico de recolección, producción y tratamiento de la *información* con finalidades múltiples (narrativa, descriptiva, argumentativa), sobre todo prácticas, que funciona en una comunidad cuyas representaciones y normas son relativamente homogéneas. Las tópicas expresan una ontología popular que oscila entre lo cognitivo y lo lingüístico» (destacado en el original).

nuestro país está destinado a integrar la pequeña élite de los grandes pueblos. Desde el proyecto liberal de la Generación del ochenta hasta la Argentina del «Primer Mundo», el lugar común de la nación magnánima recorrió el ideario político argentino: el verdadero país existiría en el futuro, y la Argentina del presente no sería otra cosa que una versión menguada de su destino. La *promesa incumplida* constituye el núcleo de lo que Víctor Armony (2004) llama el enigma argentino: la pregunta acerca de por qué el país nunca ha conseguido estar al nivel de sus propias expectativas. Este enigma condensa la expresión de un desencuentro y el interrogante de una postergación. Por un lado, compendia una narrativa de la identidad nacional: «este país debe ser. . . , este país será. . . , porque *esencialmente* ya lo es»; por el otro, dispone en escena las dos figuras simétricas de la ilusión creada por esa idea de identidad: el proyecto y el destino, inmutabilidad y necesidad del sujeto histórico.⁴

La incertidumbre en torno a la identidad nacional que la *promesa incumplida* pone en escena ha tenido un enorme peso en la configuración de los discursos políticos argentinos, hasta el punto que podrían ser analizados en las épocas más diversas por su aptitud para resolver tal enigma. Ante la frustración repetida y creciente de gran parte de la población, ante el agotamiento reiterado de un modelo político y económico, el deseo de comenzar todo de nuevo ha recalado constantemente en las fibras más hondas de la *performance* política. Yrigoyen, Perón, Alfonsín, Menem y Kirchner, todos ellos han tenido proyectos que movilizaron a gran parte de la población en torno a objetivos, propuestas y consignas a menudo diferentes e incluso contradictorias. Pese a esta recurrencia, el postulado de una ruptura absoluta con el pasado, de una renovación total y dichosa, ha permanecido inalterable a lo largo de los años.

Toda refundación, desde una perspectiva discursiva, implica tres momentos –que Patrick Charaudeau (2009, pág. 263) asocia a la definición misma de lo político–: una situación juzgada desastrosa (y sus víctimas), una fuente del mal (y sus responsables) y una solución (y su garante). La fidelidad de la refundación kirchnerista a este tríptico no puede dejar de notarse: la descripción de la crisis neoliberal y la posconvertibilidad como una *situación* infausta («el infierno», según la recurrente alegoría

4. La idea de la ilusión identitaria está tomada de Étienne Balibar (en Briones 1994, pág. 115), quien afirma: «Así la formación de la nación aparece como la culminación de un proyecto en el que hay diferentes estadios y momentos para la autoconciencia, momentos que “calzan” en un patrón semejante de automanifestación de la “personalidad nacional”. “Proyecto” (es decir, el paso entre generaciones de una substancia invariante) y “destino” (el concebimos como la culminación de un proceso que se ve como el único posible) son las dos figuras simétricas de la ilusión creada por la idea de identidad».

de Kirchner) y de la cual los argentinos en general y los trabajadores en especial han sido las primeras *víctimas*, la determinación del neoliberalismo como *fuerza del mal* y los gobiernos dictatoriales y democráticos de los últimos treinta años como *responsables*, y el anuncio del «capitalismo nacional» como *solución* y la figura de Kirchner en tanto líder que puede garantizarla.⁵

Los aires de refundación en el DK se inscriben en la tónica de la *promesa incumplida* y provocan una ilusión de continuidad y ruptura con la historia política del país que tiende a establecer un enlace entre ciertas tradiciones e imaginarios nacionales y democráticos y el proyecto gubernamental vigente.⁶ Ilusión de continuidad y ruptura que significa, de un lado, la inscripción en el relato de una gran nación que encuentra su origen en las gestas patrias y en las sagas inmigratorias y su apogeo en las culturas del trabajo y militante que ciertas tendencias del peronismo elevaron al grado de modelos socio-culturales y políticos, y del otro, la voluntad de un cambio que revierta las principales tendencias neoliberales de los últimos treinta años y recupere, aunque sea en parte y *modernizado*, lo más auténtico de esa identidad nacional perdida que la refundación presume y legitima:

«... quería compartir la puesta en marcha de este parque industrial que tiene un símbolo profundo para dejar atrás esa vieja Argentina que hasta hace muy poco tiempo martirizó a todos los argentinos en el marco de la conducción y el proyecto político que tuvo este país lamentablemente de manera fundamental en la última década del noventa, pero que se

5. En el plano semántico, esta refundación engloba en el DK una mayéutica nacional (la refundación como parto o nacimiento, como antítesis de la agonía y la vejez de «la vieja Argentina»), una reconstrucción nacional (la refundación como antítesis de «la política de demolición» (DK, 01/10/03)), una restauración nacional (la refundación como orden, como antítesis de la «anarquía» (DK, 31/07/03)), y una redención nacional (la refundación como camino al cielo, como antítesis del «infierno» (DK, 04/12/03)).

6. Entenderemos por imaginario social, en sintonía con la propuesta de Charles Taylor, el «modo que tienen nuestros contemporáneos de imaginar las sociedades de las que forman parte» (2006, pág. 17), esto es, el modo en que las personas «imaginan su existencia social, el tipo de relaciones que mantienen unas con otras, el tipo de cosas que ocurren entre ellas, las expectativas que se cumplen habitualmente y las imágenes e ideas normativas más profundas que subyacen a estas expectativas» (2006, pág. 37). Estas imaginaciones «nunca se reducen completamente a ideología. Tienen también una función constitutiva, hacen posibles aquellas prácticas a las que dan sentido. En este sentido, su falsedad no puede ser nunca total» (2006, pág. 212).

inició en el marco de 1976 hasta la explosión de 2001». (21 de agosto de 2003)

«Miren adónde llegamos, cómo ha retrocedido la Argentina, cómo habrán quebrado la estructura nacional, cómo habrán quebrado el funcionamiento global del país para que treinta años después tengamos que estar tratando de recuperar lo que en algún momento tuvimos para pasar después lógicamente a la adecuación y modernización que los tiempos marcan». (26 de febrero de 2004)

La refundación kirchnerista se inscribe en el relato de la identidad nacional a partir de la recuperación discursiva como *deixis fundadoras*⁷ de dos momentos fuertes de la historia argentina: el de la organización nacional y el del ciclo peronista. El primero rememora la lucha de los próceres patrios y el tiempo del afianzamiento del estado nacional, cuyo signo fue la llegada de grandes masas inmigratorias de origen europeo.⁸ Se trata de la etapa de los «patriotas fundadores» (DK, 25/05/03), los «pioneros» (DK, 25/05/03) y los «abuelos inmigrantes» (DK, 08/08/03). Es un tiempo largo que involucra las grandes epopeyas revolucionarias y las domésticas épicas de los inmigrantes. El segundo momento actualiza el «mundo feliz» de la *patria peronista*,⁹ la era del estado benefactor. Es un tiempo medio que abarca los orígenes y la afirmación del peronismo, el llamado «empeate social» y los años álgidos de las agrupaciones

7. Denominamos «*deixis fundadoras*» –siguiendo la propuesta de Maingueneau (1987, pág. 29)– a las situaciones de enunciación anteriores que la *deixis* actual utiliza para la repetición y de la cual obtiene buena parte de su legitimidad. La inscripción elocutiva en los vestigios de otras *deixis*, cuyas historias se instituyen o captan a favor, resulta una condición primordial del enunciador para enunciar de forma legítima.

8. La reconstrucción de época que el DK traza elide toda referencia a la Generación del ochenta. El acento de la *deixis* de la organización nacional está puesto, en un extremo, en las gestas patrias de la Revolución de Mayo y la Independencia y, en el otro, en las sagas familiares inauguradas por las corrientes inmigratorias: «los pioneros», «nuestros abuelos».

9. Historiadores como Carlos Piñeiro Iñíguez hablan de una «edad de oro», añorada por los argentinos de épocas posteriores. No sin ironía, Tomás Abraham (2009) define esta tópica con el mote de «platonismo peronista»: «Hay un platonismo peronista. Evoca una Idea que nunca se hizo realidad por la supuesta traición de todos los gobiernos. En su alegoría, un sol llamado Perón brilla fuera de la Caverna de Platón en la que vivimos nosotros confundidos por las sombras neoliberales». Para mayores referencias, remitimos al *Diccionario del peronismo* de Alicia Poderti (2010). Véase en especial, las siguientes entradas: «patria feliz», «San Perón» y «Un día peronista».

juveniles militantes. La importancia de la deixis organizacional puede entenderse bajo la óptica de aquellos rasgos que definirían en gran medida la fisonomía mítica de la Argentina como nación. Podríamos decir que es la cita obligada para darle ínfulas a cualquier ánimo de refundación: es el origen de grandeza y potencia absoluta que ofrece la garantía de un destino en espejo. La salvaguardia de un destino superador debido a la certeza de un origen magno. La deixis del bienestar, en tanto, debe interpretarse como la memoria de la efectiva y provisoria realización de la grandeza que la organización nacional auguraba, amputada luego por el modelo político y económico que la «vieja Argentina» (DK, 21/08/03) del neoliberalismo al cabo representa. Como recuerda Beatriz Sarlo (1998), frente a la Europa de posguerra, este era el país de la abundancia; de cara a América Latina, este era el país de la clase obrera industrial, de las capas medias cultas, del consumo más alto de diarios y revistas, de la plena alfabetización y del pleno empleo. La pérdida de este bienestar, definida en los términos de una postergación generacional, marca el punto de partida del antagonismo que recorrerá medularmente el DK: la postergación, por causa del modelo neoliberal, de un modelo nacional y democrático que la militancia setentista estaba destinada a continuar.

El ánimo fundacional articulará en el DK ambas filiaciones, la de la organización nacional y la del bienestar, a partir de una superposición entre los efectos de memoria de la deixis organizacional y de la deixis del bienestar. La confluencia, no por singular, deja de tener su relevancia, ya que de ella el DK extrae su solución histórica: el «país que nos merecemos» es el que alguna vez tuvimos y «fue la alegría de nuestros abuelos y nuestros padres» (DK, 10/02/04):

«Vengo, en cambio, a proponerles un sueño: *reconstruir nuestra propia identidad como pueblo y como Nación*; vengo a proponerles un sueño que es la construcción de la verdad y la Justicia; *vengo a proponerles un sueño que es el de volver a tener una Argentina con todos y para todos*. Les vengo a proponer que recordemos *los sueños de nuestros patriotas fundadores y de nuestros abuelos inmigrantes y pioneros, de nuestra generación que puso todo y dejó todo pensando en un país de iguales*. Pero sé y estoy convencido de que en esta simbiosis histórica *vamos a encontrar el país que nos merecemos los argentinos*». (25 de mayo de 2003)¹⁰

La serie de los «patriotas fundadores», los «abuelos inmigrantes y pioneros» y la «generación» setentista, a la que Kirchner se adscribe,

10. Excepto aclaración, las bastardillas en los fragmentos del DK son nuestras.

marca en el DK la presencia de una lógica de equivalencia de los «sueños», que opera a la manera de una homologación atemporal, de la misma manera que la presunción de la efectiva aunque circunstancial realización histórica de estos. Por un lado, los «sueños» de la gran nación integran un relato que nace con los patriotas fundadores, organiza el horizonte de expectativas de los inmigrantes y pioneros y alcanza su impronta socialista con el «país de iguales» de la generación setentista. Por otro, esta militancia de los setenta aparece no solo como la heredera de esos «sueños», sino además como la culminación, postergada durante treinta años por el neoliberalismo, del proyecto ideado en los albores de la patria y cuyo exponente último y máximo fue el peronismo. En los discursos de Kirchner, la tónica de la *promesa incumplida* cobra cuerpo en la carne de una generación diezmada: el neoliberalismo como postergación de la esencia nacional, el kirchnerismo como recuperación de una identidad postergada. Para el DK, y es esta quizás su singular novedad y fortaleza, la verdadera Argentina no es la que existe *a priori* en la ilusión de grandeza forjada por la idea de identidad, sino la que existió realmente alguna vez y ahora debemos, como argentinos, hacer de vuelta:

«Nosotros queremos una Argentina integrada y solidaria, queremos realmente demostrarnos a nosotros mismos, demostrarles a todos los argentinos y al mundo entero que este país se puede volver a reconstruir, que en esta Argentina podemos recuperar los valores perdidos, que en esta Argentina podemos recuperar las cadenas de la solidaridad, que en esta Argentina podemos recuperar las instituciones, que en esta Argentina podemos recuperar la equidad, la justicia y la dignidad perdida por muchos motivos. Perdida porque es un país que se fue construyendo hace treinta años desde el punto de vista económico con un marco estructural absolutamente injusto, perdida porque hubo una dirigencia a la que le ha faltado coraje y valor – a alguna parte de esa dirigencia – para tomar las determinaciones que hay que tomar». (27 de junio de 2003)

Kirchner encarna en su discurso la *promesa incumplida* porque fue su generación la que estaba destinada a cumplirla. Este es el centro neurálgico de la postergación que representa y de la clausura que realiza. La lucha por recuperar la identidad argentina significa soñar una reconstrucción identitaria, soñar la vuelta a una Argentina «con todos y para todos», recordar los sueños de patriotas, pioneros y militantes setentistas, y encontrar, por ende, la Argentina merecida, que no es otra que «una

gloriosa, una gran nación que nos contenga a todos los argentinos» (DK, 26/07/03).

El DK busca obtener buena parte de su legitimidad por su *sincretismo fundacional*, esto es, la transposición y el mutuo reforzamiento entre un interdiscurso de la organización nacional y un interdiscurso del bienestar, a los que Kirchner hace dialogar con una memoria setentista generacional que funciona –para Walter Curia (2010, págs. 26-27)– como «la ficción orientadora de su gobierno», si entendemos que la opción «por los derechos humanos y la persecución a los responsables de los crímenes aberrantes de la dictadura» resulta «el núcleo en torno al cual el ex presidente edificó su relato de los últimos treinta años de historia argentina». Este *sincretismo* de la refundación establece una línea de continuidad entre las promesas nacionales de los orígenes patrios, la experiencia nacionalista del peronismo clásico y las luchas políticas de las agrupaciones militantes de los años setenta. La memoria discursiva de la organización nacional funciona en el DK al modo de un discurso del origen y, por ende, de la potencia, que tiene su matriz en las tópicos nacionales de la grandeza, los merecimientos y los sueños, mientras que la memoria del bienestar postula como verdad histórica la realización de las ilusiones fundacionales en la conjugación de una «patria feliz» y de un pueblo vuelto sujeto político, proporcionando un ejemplo de lo que Kirchner considera la coexistencia afortunada entre capitalismo y nación. Se trata de un discurso de la existencia y, por ende, del acto: una identidad nacional auténtica con atributos y valores extraídos de una suerte de ontología popular. La reivindicación de la militancia juvenil setentista como continuidad postergada del proyecto nacional peronista y, sobre todo, como modelo de ejercicio político otorga, en el mismo orden, un ejemplo de la coexistencia plausible entre una tradición nacional y una *forma* democrática. El DK extrae de esta memoria generacional, en una lectura cuanto menos infrecuente, un espíritu democrático, el modelo en formación de un conjunto de prácticas e ideas políticas que resultarían a la postre aquellas que, según la propia palabra kirchnerista, las insurrecciones y las asambleas de principios de siglo reclamaban: una democracia verdadera, fundada en valores como la pluralidad, la diversidad y el consenso, y afirmada en un funcionamiento capilar, de comunicación directa, de intercambio público en un *feedback* permanente; una democracia táctil, ágil, transparente, afectiva: una democracia *representativa*.

La reposición de imaginarios y tradiciones divergentes del peronismo ofrecen al DK la perspectiva de una identidad argentina que podría refundar su estirpe en el modelo nacional de «la cultura del trabajo» y en el modelo democrático que Kirchner columbra en las convicciones e ideales

de la militancia setentista. Estamos ante una axiología nacional y ante una axiología democrática, respectivamente. El «capitalismo nacional» que el DK postula con base en estas axiologías ofrece como horizonte de incorporación una constelación de valores y virtudes que serían inherentes a la condición nacional (y, por supuesto, al verdadero peronismo que el DK deja inferir) y que funcionarían como elementos de cohesión social en el contexto de una experiencia nacional y democrática que precisa prescindir de toda instancia de mediación entre la «cúpula política» y «el subsuelo de la patria» (DK, 11/03/04). Así debemos leer el modo en que Kirchner capta a su favor estas descendencias que fueron postergadas por el neoliberalismo y que emergieron como reclamos a comienzos de siglo. La presencia discursiva de ciertas corrientes ideológicas, la reivindicación de determinadas tradiciones nacionales y democráticas, la recurrencia de imaginarios fundacionales de diversa índole muestra a las claras los efectos de memoria del DK en su afán de filiación con experiencias diversas de la vida política nacional. Como discurso de «refundación», el DK está configurado por tres metáforas, la de la *fundación*, la del *sueño* y la de la *pérdida*, que son a su vez efectos de las dos deixis mencionadas, la de la organización nacional y la del bienestar. Veamos los siguientes fragmentos:

«Amar nuestra bandera es terminar definitivamente con la mezquindad de la pelea política corta, para volver a *refundar nuestra querida patria* y honrar a nuestros abuelos, a nuestros pioneros, a nuestros patriotas y a todos aquellos que dejaron y dieron su vida por consolidar una Argentina con justicia y con equidad». (20 de junio de 2003)

«Así, paso a paso y sin descanso, paso a paso, día a día; así como el pueblo argentino, los empresarios, los trabajadores, los estudiantes, con todos, iremos modelando la nueva Argentina que *soñaron* nuestros abuelos, nuestros pioneros, inmigrantes y tozudos». (18 de noviembre de 2003)

«Nosotros queremos una Argentina integrada y solidaria, queremos realmente demostrarnos a nosotros mismos, demostrarles a todos los argentinos y al mundo entero que este país *se puede volver a reconstruir*, que en esta Argentina *podemos recuperar* los valores perdidos, que en esta Argentina *podemos recuperar* las cadenas de la solidaridad, que en esta Argentina *podemos recuperar* las instituciones, que en esta Argentina

podemos recuperar la equidad, la justicia y la dignidad perdida por muchos motivos». (27 de junio de 2003)¹¹

«Queremos un país estable, un país con competitividad, un país con inclusión social, en suma, queridos amigos, queremos *un país con producción, trabajo, crecimiento económico y justicia social*. Esa es la Argentina que nosotros *soñamos construir*». (28 de mayo de 2003)

«*Recuperar* el progreso social y la perdida movilidad ascendente, *recuperar* la producción, el trabajo, generar riqueza y distribuirla con justicia, son bases fundamentales para *construir una nueva y gloriosa Nación* que hoy nos convoca». (29 de mayo de 2003)

Las metáforas de la fundación («refundar», «nueva Argentina», «volver a reconstruir», «construir una nueva y gloriosa Nación») y el sueño («soñaron nuestros abuelos. . . », «esa es la Argentina que soñamos construir») están atravesadas en el DK por la metáfora de la pérdida que la semántica de la recuperación presupone: «recuperar los valores perdidos», «recuperar las cadenas de la solidaridad», «recuperar las instituciones», «recuperar la equidad, la justicia y la dignidad perdida», «recuperar el progreso social y la perdida movilidad ascendente», «recuperar la producción, el trabajo». Estas metáforas se articulan con significantes propios de la organización nacional (la apelación constante a entidades del imaginario social como «nuestros pioneros» y «nuestros patriotas») y del bienestar («dignidad», «trabajo», «progreso social», «justicia social», «movilidad ascendente»),¹² dando por resultado una redefinición de la tópica de la *promesa incumplida*: la «patria feliz» fue, en su época, la realización de la promesa fundacional, destruida luego por la imposición del neoliberalismo y por la consecuente postergación política de la militancia juvenil que buscaba, desde la óptica del kirchnerismo, continuar las experiencias nacionales y democráticas de ese período. En el DK el *deber ser* de la organización nacional se engarza con modelos sociales, culturales y políticos que están fuertemente asociados a la tradición peronista. El resultado puede definirse como una utopía de la restauración: soñar con volver a

11. La reiteración de este fragmento atiende a fines meramente expositivos, en virtud de acercar los argumentos y las referencias empíricas.

12. En una entrevista para *Página|12*, Ernesto Laclau responde en este sentido acerca de la pregunta si el kirchnerismo intenta recuperar el discurso del peronismo histórico: «Hay un intento de construir un discurso político alrededor de ciertos significantes centrales que vienen del 45, como “patria” y “pueblo”. Pero el país ha cambiado mucho desde entonces» (Keve 2005).

ser lo que alguna vez fuimos. Una onírica de la nostalgia, que encuentra en la pérdida su especificidad.

La metáfora de la pérdida fija en un escenario definido el carácter real de la fundación y los sueños, al ligarlos con una memoria del bienestar. Esta funciona como anclaje del discurso de la organización nacional y actualiza la deontología del origen en la axiología nacional y democrática del peronismo: la Argentina perdida *es la patria peronista* que la generación kirchnerista debía continuar, y fue esa patria la encarnación extraviada de los sueños.¹³ Por medio de la delimitación de dominios de memoria, el DK no solo recupera una Argentina mítica asociada a las gestas patrias y a la fundación y organización nacional, sino que se inscribe también en otra Argentina mítica, que es «el mundo feliz» del peronismo. Este fue «la Argentina de los sueños» y la encarnación provisoria, en suma, de la mismísima identidad nacional. La existencia de una memoria del bienestar en el DK significa, pues, relevar la presencia de un cúmulo de valores y virtudes que restituyen «la cultura del trabajo» como epítome de *argentinidad*. Según esta visión, el trabajo aparece como «el mejor integrador para una sociedad» (DK, 01/03/04) y la figura del trabajador¹⁴ – que para Alicia Poderti (2010, pág. 210) es el «gran protagonista» del peronismo clásico – conjuga en sí toda una axiología que sería propia de nuestra nación, tal como el DK al menos la concibe: esfuerzo, seriedad, honestidad, humildad, simpleza.¹⁵ Existe además una reivindicación del universo socio-cultural de esa comunidad organizada

13. Esta superposición entre la Argentina de los sueños y la *patria peronista* conforma gran parte del imaginario popular en torno al *Welfare State* de Perón. En palabras de Juan Carlos Portantiero (en Natanson 2004, pág. 46), «El peronismo, en el imaginario popular, se sustenta en que fue la forma histórica que encontró la Argentina para crear una sociedad más justa». Vale, en esta perspectiva, recordar un fragmento de la marcha *Los muchachos peronistas*: «Porque la Argentina grande / con que San Martín soñó / es la realidad efectiva / que debemos a Perón» (cfr. Poderti 2010, pág. 133).

14. La figura del trabajador es «el gran protagonista» del peronismo clásico. Según Poderti (2010, pág. 211), «Perón y Evita recuperan del anonimato al trabajador para elevarlo a un estatus inédito en la historia argentina».

15. Esta axiología es central en la configuración de un universo de sentido radicalmente opuesto al neoliberalismo, como lo prueba el siguiente fragmento: «Así los argentinos vamos a recuperar la confianza en las instituciones y a ver valores. No puede ser que en este país durante toda una década o más los jóvenes triunfantes, los dirigentes triunfantes eran los que más plata hacían de cualquier manera. No es malo que a alguien le vaya bien en vida, pero me entienden cuando les hablo de este tema. El que estudiaba, investigaba, trabajaba, ese no, ese era un iluso, un bobo y un estúpido. Tenemos que cambiar estos valores, pero los tenemos que cambiar fuertemente desde abajo» (04 de noviembre de 2003).

en torno al trabajo: la importancia de la familia, la cultura del ahorro, la solidaridad y la fraternidad, el espíritu nacional y soberano, el énfasis en una cultura popular ligada a este espíritu. La memoria del bienestar, *in fine*, establece en provecho del DK el encadenamiento de ciertas experiencias nacionales, ligadas al bienestar popular. Así, el discurso de la organización nacional y el discurso del bienestar se constituyen, en tanto memorias discursivas,¹⁶ como discursos fundadores de la enunciación kirchnerista.¹⁷ Son presencias interdiscursivas que otorgan al locutor por su filiación una prueba mnemónica¹⁸ de legitimidad, produciendo, como efectos necesarios, las metáforas de la fundación y los sueños y también

16. El concepto de memoria discursiva fue introducido en el análisis del discurso por Jean Jacques Courtine (1981), a partir de la obra de Michel Foucault y de la reflexión histórica de Pierre Nora sobre los lugares de memoria. Designa, desde esta perspectiva, el hecho de que toda producción discursiva acontece en una coyuntura dada y coloca en movimiento formulaciones anteriores ya enunciadas. El término es utilizado para designar redes de filiación histórica que organizan lo decible, dando lugar a procesos de identificación a partir de los cuales el sujeto encuentra las evidencias que legitiman su decir. Es el espacio de los efectos de sentido que constituyen para el sujeto su realidad, en cuanto representación imaginaria (y necesaria) de su relación con el real histórico, en el cual él está inserto (Zoppi Fontana 2004, pág. 3). Las memorias discursivas operan como regímenes de enunciabilidad, matrices de inclusión y de exclusión de enunciados que determinan lo que puede o no ser dicho desde diferentes posiciones ideológicas (Vitale 2007, pág. 165).

17. Acerca de los discursos fundadores, Eni Orlandi 1993 (en Mariani 1998, pág. 41) afirma que son discursos que, en relación a la historia de un país, funcionan como referencia básica en su imaginario constitutivo. Son espacios de identidad histórica, memoria temporalizada, que se presenta como institucional y legítima. Desde esta perspectiva, podría decirse que existe en el imaginario argentino un antes y un después del proyecto peronista. De ahí que el peronismo pueda articularse como discurso fundacional para el discurso político argentino, como un discurso institucionalizado en su propio conflicto y, por tanto, plausible de ser *presentificado* como constitutivo de una identidad nacional, aun cuando esta presentificación no sea más que una polémica reducida al capricho de un ejercicio unilateral. En una entrevista para el matutino *Página 12*, Daniel Link exponía, en referencia a la persistencia de un imaginario peronista en la literatura argentina, una idea paralela a la aquí expuesta: «Es prácticamente imposible prescindir, en términos de una concepción o una definición de lo político, del imaginario del peronismo. El imaginario político argentino coincide con el peronismo, por adhesión o por rechazo» (Link 2008).

18. Hacemos referencia a la memoria colectiva en los términos en que la define Alberto Rosa (2006, págs. 45-46) como «todo un imaginario que hace resonar en cada uno los mismos significados, las mismas sensaciones, lo que nos permite vivir en el *nosotros*, distinguiéndonos de los *otros*».

la metáfora de la pérdida. De allí que la Argentina soñada, la Argentina merecida, la Argentina del futuro sea a la que hay que volver:

«Sé que con ustedes vamos a ir construyendo lo que nos dijeron que no se podía construir aquellos que nos decían que la Argentina tenía que vender todo, *que tenía que dejar de ser ese gran país industrial, del trabajo nacional, que es lo que nosotros tenemos que volver a construir con todas nuestras fuerzas*». (3 de julio de 2003)

«(...) veo a los trabajadores argentinos con ganas y con fuerzas para empujar a la Argentina para adelante y sé que nuevamente, *como en aquellos tiempos*, los trabajadores argentinos van a ser el corazón vivo del crecimiento de la patria». (22 de diciembre de 2003b)

El ánimo fundacional que el DK exhibe nutre su frontera política con modelos nacionales y democráticos que extrae de la prosapia social, cultura y política del peronismo. En este sentido es posible entender que la convocatoria del kirchnerismo se dirija a construir un futuro que fue postergado, un futuro que *hubiera sido*.¹⁹ La inscripción generacional de Kirchner debe ser interpretada, por esta razón, como una reanudación de las corrientes nacionales que el neoliberalismo había sojuzgado. La recuperación de una «identidad nacional perdida» (DK, 10/02/04) demanda en el DK la fundición en una misma axiología de la deontología nacional y el proyecto nacional kirchnerista: el éxito de este último significa en esta lógica la realización efectiva y plena de «los sueños» fundacionales de la primera. Por ello, ir a la Argentina del futuro es volver al proyecto nacional y democrático que fue postergado por el último golpe militar:

19. Kirchner considera que la última dictadura militar significó una ruptura total con la etapa del peronismo clásico (1945-1974). Semejante posición *olvida*, sin embargo, la coherencia entre la doctrina de la «Nación en armas» del último gobierno peronista y la «Doctrina de la Seguridad Nacional» del Proceso. Como lo advierte León Rozitchner (2000, pág. 58): «Con el correr del tiempo y el incremento de la resistencia popular la doctrina de la “Nación en armas” pasará de la hipocresía al cinismo: se convertirá en doctrina de la “Seguridad Nacional”. El enemigo exterior será suplantado directa y claramente por el propio pueblo a reprimir convertido explícitamente en enemigo interior. Perón es el primero que plantea el problema de la “Seguridad Nacional”: como “política”, para obtenerlo por las buenas o como “guerra”, para obtenerlo por las malas. La política militar, y el terror no hacen, sino prolongar lo que estuvo presente en él desde la fuerza militar».

«(. . .) *volver a esa Argentina* en la que admirábamos y mostrábamos a nuestros intelectuales, a nuestros trabajadores y a nuestros estudiantes. Yo sé que *esa Argentina es la Argentina del futuro*». (25 de noviembre de 2003)

«Yo sé que vamos a seguir trabajando para el crecimiento global de todo el país y también sé que hay muchos hermanos que están sin trabajo, pero no podemos salir de un día para otro y vamos a estar solidariamente acompañándolos hasta que consigan trabajo, ese trabajo digno que les permita reconstruir sus familias y *pensar como pensábamos en aquellos tiempos del General*, cuando sabíamos que nuestros hijos iban a estar mejor que los padres. Esa es la sociedad que nosotros queremos». (22 de diciembre de 2003)

«No sobreactúo ni hago verborragia ni estoy haciendo campaña para las internas, como algunos quieren decir; estoy tratando de que definitivamente los argentinos podamos entre todos, tomados de la mano, *generar el proceso de reconstrucción* que le dé a este país el rumbo y la *identidad nacional perdida, que la tuvimos en algún tiempo y fue la alegría* de nuestros abuelos y nuestros padres». (10 de febrero de 2004)

«Queridos amigos y amigas; compañeros y compañeras: quiero comenzar expresándoles que exactamente *hace 31 años* a esta hora una generación de argentinos veíamos y sentíamos que *la democracia volvía a la patria*». (11 de marzo de 2004)

La «Argentina de los sueños» y la «Argentina del futuro», formas nominales que designan esas dos figuras simétricas de Balibar, convergen en el DK dentro de diferentes experiencias al interior del peronismo. Durante los inicios de la gestión, estamos ante una estrategia transversal que, no obstante, intenta conciliar capitalismo, democracia y nación de acuerdo a modelos ideológicos y líneas de pensamiento que provienen del peronismo. La reconstrucción que el DK hace de estas experiencias son medulares: nación y trabajo, democracia y militancia operan como dípticos que organizan la refundación cultural y política del kirchnerismo en la encrucijada de la poscrisis. Tradiciones, imaginarios y corrientes nacionales y democráticas del peronismo que suenan como ecos que el kirchnerismo recupera para su provecho. Se trata, sin dudas, de una versión parcial de esas tradiciones y corrientes; no obstante, esta parcialidad no socava su verosimilitud. El fin de la «postergación» que la refundación kirchnerista expresa en sus discursos obra tanto en lo social y en lo cultural como en lo político.

«La Argentina de los sueños» será posible para el kirchnerismo porque el futuro consistiría en volver a los modos nacionales y democráticos que alimentaron el movimiento peronista desde sus orígenes; es esta la sedimentación imaginaria de los «sueños» de los fundadores y pioneros, de la encarnación del sueño nacional y, por lo tanto, de la identidad nacional. El país de los «sueños» aparece simultáneamente como predestinación y pérdida: predestinación porque es la Argentina «que merecemos», pérdida porque la tuvimos y nos la quitaron, dejando una «generación diezmada» y millones de excluidos sociales e institucionales. La postergación de los sueños de la generación kirchnerista deviene así un corolario de la postergación de los sueños nacionales. El DK establece una filiación entre los sueños de los «patriotas fundadores», los «pioneros» y la «generación» de los setenta. Sueños que pueden sintetizarse en la vuelta a un modelo nacional de trabajo y a un modelo democrático de lo político; vuelta que es, por supuesto, la confluencia de mitos, narrativas, imaginarios y experiencias individuales y colectivas que abarcan desde las luchas patrias por la independencia hasta las insurrecciones civiles de 2001. En la herencia onírica de su «generación», Kirchner conjuga una nación postergada con una generación postergada; de allí que la asunción del ex presidente signifique en sus discursos no solamente un nuevo comienzo, sino además una conclusión, el fin de una postergación generacional.

El DK articula de esta forma dos narraciones, la nacional y la generacional, que hasta entonces habían operado por carriles separados. Es el primer discurso presidencial argentino – como afirma Ana Montero (2009, pág. 318) – que reivindica y se identifica con la militancia juvenil peronista de los años setenta. Nunca antes la práctica política e ideológica de estos activistas y militantes había sido restituida desde la posición de enunciación presidencial. Esta reintegración genera un mutuo reenvío y reforzamiento: si la generación de los setenta ha sido el último eslabón de un «soñar nación» común, nacido al calor de los «patriotas fundadores» y los «pioneros», la postergación de la nación soñada ha sido la secuela de la postergación de esa generación. Refundar la patria significa poner fin a una postergación, tanto como el fin de esa postergación indica una «refundación» final. La refundación, entendida de esta manera, asegura para Kirchner la conclusión de la postergación de «la Argentina de los sueños» y la fundación de una Argentina que, al tiempo que opera como *realización* de los «sueños», transforma por su propio realismo los «sueños» de una «generación» y los convierte en deseo de un modelo nacional y democrático.

«Una patria con pluralidad y consenso como la que tenemos hoy aquí»

La convergencia de un relato nacional y de un relato generacional en el proyecto kirchnerista nos lleva a indagar la construcción que el DK hace de la militancia setentista. Así como el peronismo clásico emerge en los discursos de Kirchner como imaginario de un modelo nacional, definido por la importancia del trabajo como elemento central de la configuración de un entramado social sustentable y previsible, el estudio de la reivindicación de la militancia como praxis política que hace el DK reviste interés para comprender el horizonte de expectativas políticas que inaugura.

El DK se alimenta de una memoria generacional que orienta las deixis fundacionales de la organización y el bienestar en el ejercicio de cierta praxis democrática. Es la memoria discursiva de una de las dimensiones ideológicas y políticas en las que había desembocado el movimiento peronista como proceso de inteligibilidad de la totalidad nacional.²⁰ Inscribe a Kirchner en una generación, la del setenta, en una tradición, que es la del peronismo de izquierda, y en una concepción de lo político:

«Formo parte de una generación diezmada, castigada con dolorosas ausencias; me sumé a las luchas políticas creyendo en valores y convicciones a las que no pienso dejar en la puerta de entrada de la Casa Rosada». (25 de mayo de 2003)

Esta inscripción discursiva permite a Kirchner plantear una ruptura radical entre el modelo neoliberal y el «capitalismo nacional», que tiene sus raíces en la postergación del proyecto político que la militancia juvenil setentista enarbolaba. Asimismo ofrece a la figura presidencial el marco propicio para justificar una renovación de lo político que tenga por referencia éticas, hábitos y conductas basados en valores, ideales y convicciones que den por tierra con toda especulación o *marketing* político. Estas características no carecen de interés, así como tampoco las imágenes de sí que Kirchner despliega en sus apariciones públicas y que logran asociar un espíritu de época con un estilo personal. Con las reservas del caso, la importancia de la memoria setentista pasa para

20. Así, la letra del *Himno de la victoria*, publicada en el número 2 de *El Descamisado*, permite apreciar cómo se borran las fronteras entre la patria peronista y la patria socialista, y cómo la patria socialista se resuelve como el colofón necesario del peronismo: «Hasta que el sol partido en una hostia / se nos entre por la boca y proclamemos / a la tierra nuestra patria socialista / a la tierra nuestra patria peronista / a la tierra nuestra patria libre, justa y soberana». Como referencia de un análisis discursivo en esta perspectiva, véase Sigal y Verón 2004.

nosotros menos por sus dinámicas de circulación y recepción a escala social, que por los modos en que efectivamente el DK intenta armonizar esta experiencia política juvenil con su «capitalismo nacional». Es posible afirmar, en esta perspectiva, que la restitución de una memoria generacional organiza en el DK las condiciones de posibilidad de una redefinición del imaginario de la militancia, de modo tal que resulte afín con un modelo capitalista nacional y democrático:

«Era el 11 de marzo del 73, una generación de argentinos nos incorporábamos a la vida democrática con la fuerza y el deseo de construir un nuevo país. Después nos tocó vivir tantas cosas, nos tocó pasar tantos dolores, nos tocó ver diezmada esa generación de argentinos que trabajaba por *una patria igualitaria, de inclusión, distinta, una patria donde no sea un pecado pensar; una patria con pluralidad y consenso como el que tenemos hoy aquí*, que el hecho de pensar diferente no nos enfrentara, sino por el contrario, nos ayudara a construir una Argentina distinta». (11 de marzo de 2004b)

«(...) tenía que estar presente, y voy a estar presente en cada lugar que se recuerde a aquellos que dejaron todo, que pusieron todos sus ideales y que soportaron las cosas más atroces por defender *un país distinto, un país con justicia, un país plural, un país sin corrupción, un país con igualdad social, un país con igualdad de posibilidades*». (28 de noviembre de 2003)

El modo en que Kirchner *sutura* el significado del «país distinto» por el cual su generación luchaba combina demandas setentistas (p. e. «un país con igualdad social») con demandas sociales heredadas de la crisis de 2001 (p. e. «un país sin corrupción») y con significantes propios de esa tradición liberal de la que el peronismo clásico había renegado en reiteradas oportunidades (por ej. «una patria con pluralidad y consenso»). No sería exagerado indicar que la memoria setentista en Kirchner es proclive a una reformulación democrática del imaginario de la militancia, en el que a la restitución de los ideales y las convicciones como valores políticos de primer orden deben agregarse «la pluralidad», «la diversidad», «el consenso», «el pensar diferente», «la verdad relativa», «el contacto directo», «la acción cotidiana». Esta variación *democrática* está fuertemente asociada al uso formal que reviste determinado lenguaje de época: así como es cierto que Kirchner trae a colación un léxico en el que palabras como «sueños», «convicciones», «ideas», «coraje», «valores», «cuadros» tienen una presencia recurrente, no resulta equivocado indicar

que estas convicciones, ideas y sueños no están definidos con claridad: despliegan más bien un imaginario vacío, que cada uno de sus destinatarios puede llenar como quiere. Así, la recuperación de esa militancia adquiere un carácter *formal*: lo que se rescata es la existencia misma de convicciones y valores o la estima de la diferencia y la relatividad en el juego democrático. El juego de ausencias y presencias en el DK encauza las demandas generacionales en una dirección que dista de la original. Nada nos recuerdan estos discursos presidenciales de las disputas entre nacionalismo e imperialismo, ni siquiera de la lucha entre las fracciones del peronismo en torno a la orientación liberal o socialista del nuevo gobierno (cfr. Sigal y Verón 2004, pág. 144); hay una opción, en cambio, por recordar únicamente el símbolo de la postergación, la imposibilidad pasada de realizar lo que la generación de Kirchner quería llevar adelante, «el poder crear una patria diferente», sea cual fuere en los hechos *esa* «patria diferente». Así, por ejemplo, los 30.000 argentinos que fueron «arrancados de sus casas, de sus trabajos, de la calle, de su militancia» (DK, 16/12/03b) «fueron desaparecidos por pensar diferente» (DK, 11/03/04b). No importa lo que cada uno pensaba, sino el «poder pensar diferente» (DK, 28/11/03). Es la defensa misma de esta posibilidad y no la de los contenidos propositivos la que adquiere en Kirchner un tono reivindicatorio. La amalgama, no está demás decirlo, convierte al presidente en una *rara avis* del escenario político nacional,²¹ a partir del cual el espíritu de la militancia setentista cobra visos de garantía de pluralidad y consenso:

«Es hora de *que los argentinos* dejemos de priorizar las luchas partidarias y en la pluralidad y el consenso encontremos las referencias que nos contenga a todos en la diversidad. *Pensemos diferentes, pero hagamos un país para todos*, que nos contenga a todos, que tenga las raíces de la unidad y la

21. Quienes lo acusan de ser un mero continuador de las políticas neoliberales difícilmente podrían justificar dimensiones axiales de su matriz discursiva como la revalorización del estado, si no es a expensas de lo que María Pía López (2010) denomina la hipótesis de la impostura: la idea de que «una mascarada ideológica» progresista ocultaría los intereses reales del grupo gobernante. Para quienes gustan de ver en su figura la coronación de una izquierda «nacional y popular», habría que decir que un «país sin corrupción», un «país con igualdad de posibilidades» y «una patria con pluralidad y consenso» no parecerían ser las consignas más representativas de la militancia setentista de izquierda, si tenemos en cuenta que temas como la reforma agraria, el imperialismo («ese gran ladrón internacional», dice el número 10 de *El Descamisado*) y la revolución obrera entroncaban la lucha generacional.

identidad nacional, que es el camino por el que tenemos que marchar». (18 de mayo de 2004)

El «consenso» es el complemento de la «pluralidad» kirchnerista, en la medida en que «poder pensar diferente» debe conducir a una Argentina «que nos contenga a todos en la diversidad». ²² «Pensemos diferentes, pero hagamos un país para todos». El corolario de la «pluralidad» sería «una nueva Argentina» en la que existan «consensos sin anular las diversidades» (DK, 18/11/03). Estos valores se articulan en torno a un colectivo de identificación transversal, en el que la *argentinidad* aparece como un contenedor que subyace eficazmente a diferencias que pueden ser partidarias, como en el párrafo anterior, e incluso clasistas:

«No hay posibilidad de que un solo hombre o un grupo de hombres pueda potenciar la Argentina distinta, tampoco la va a salvar el acuerdo pactista de las corporaciones, sino solamente *la construcción colectiva, plural y el consenso de todo el pueblo argentino sin distinción de clases sociales, construyendo una Argentina que nos contenga a todos*». (2 de abril de 2004)

La recurrencia a la noción de «consenso» en los discursos de Kirchner tiende a poner en escena –al menos durante sus primeros meses de gobierno– una forma de construcción de poder en todo diferente de aquella que sostienen quienes ven en el kirchnerismo una fuerza que desde sus orígenes recupera el conflicto inherente a lo político. Puede observarse la preocupación en sus discursos por crear un colectivo de identificación que trascienda todas las barreras internas, sean estas políticas o económicas, configurando un modelo de convergencia transclasista por fuera de cualquier estructura partidaria. ²³ Para el enunciador, su generación «trabajaba» por «una patria con pluralidad y consenso como

22. Reconocer esta postura democrática en el DK no implica desconocer la presencia de una lógica a menudo conflictiva, o más bien confrontativa; no obstante, el detalle marca que al menos en sus primeros momentos en la Presidencia de la Nación la prioridad, bajo la égida de una estrategia transversal de adhesión política, era generar un espacio de cohesión, pluralidad y consenso, siendo el conflicto un efecto de frontera entre la vieja y la nueva Argentinas. De hecho, «la conflictividad social» era con frecuencia ligada al estado de «anarquía» y sindicada como dimensión central del «infierno».

23. Es difícil, e irrelevante para nuestro análisis discursivo, saber cuál era *realmente* el objetivo general detrás de la transversalidad. Basta repasar el comentario de los principales analistas políticos para apreciar la compleja «guerra de posiciones» que dominaba al kirchnerismo en su llegada al ejecutivo nacional. Como sea, la transversalidad es un tópico central de los primeros meses de gobierno. Según Luis Quevedo (en Natanson 2004, pág. 16), aunque hable de

[la] que tenemos hoy aquí» (DK, 11/03/04b). La lucha generacional se limita entonces al deseo soterrado de «un capitalismo en serio», y el litigio y la intransigencia a una voluntad de «pluralidad» y «consenso» por encima de cualquier diferencia ideológica. El puente que Kirchner tiende entre el proyecto juvenil postergado y su proyecto nacional actual se asienta en el territorio mismo de su derrota generacional: el acento está en la postergación generacional y no en la concreción de aquello que verdaderamente fue postergado.

Sucede que el DK entiende a la militancia como un modelo de práctica política democrática, enfrentado punto por punto a la concepción de la política bajo el signo del neoliberalismo. Más allá de las críticas estrictamente técnicas (económicas, legales, jurídicas), el DK ofrece una evaluación desfavorable del neoliberalismo en dos aspectos de su *performance* democrática: el modo de ejercicio de la representación política, que oscila entre el espectáculo massmediático y las negociaciones secretas, y la imposición de un «discurso uniforme» que redujo por diferentes vías toda voz en contrario. Son estos aspectos, precisamente, los que la militancia como modelo de praxis democrática viene a atender. No estamos ante la proclama de un «socialismo nacional» *aggiornado*, sino ante la defensa de la democracia como forma de gobierno igualitaria, comunicativa, asamblearia, pública, inmediata, fundada en valores y virtudes que las memorias fundacionales y la memoria generacional imaginariamente le proveen. Hay en el DK, además de una puesta en vigencia de ciertos valores generacionales, un recelo frente a las instituciones republicanas y los medios de comunicación, que aviva ese desprecio tan propio de las militancias juveniles peronistas contra las formas «burguesas» institucionales de la política (cfr. Sarlo 2011). Eco de la crisis de representación que deja su testimonio en el «¡Qué se vayan todos!» de comienzos de siglo, la *verdadera* democracia aparece en el DK como un ejercicio públi-

transversalidad, la principal preocupación de Kirchner es disciplinar al peronismo. Para Isidoro Cheresky (2008, pág. 45), la identidad peronista de Kirchner estaba relativizada, «puesto que consideraba que en el peronismo habitaban corrientes ideológicas excluyentes y su vocación explícita era constituir un frente con individuos originarios de diferentes espacios». El principio de organización histórico del PJ (según Daniel Azardun 2008:82 y ss.) ha sido la unidad en torno a un liderazgo nacional hegemónico y popularmente legitimado. Aunque fuera vital para garantizar la gobernabilidad, ese liderazgo estaba, durante su primer año al frente del ejecutivo nacional, aún pendiente de resolución. De allí que la ligazón con una opinión pública que lo respaldara y con sectores políticos externos al PJ podría erigirse en un buen contrapeso ante las presiones del aparato. Un éxito en la gestión de gobierno aportaría al presidente la fortaleza política que necesitaba para avanzar en su intento de reconfigurar el mapa del poder del peronismo partidario.

co con base en la presencia, en la comunicación directa, permanente y cotidiana en un universo de iguales.²⁴ Contra la política-espectáculo y la política de acuerdos secretos, una democracia *presentativa* (pública, masiva, vinculante, presencial), basada en el compromiso y «el contacto del pueblo con su líder», ajena a la intervención de cualquier instancia de mediación, sea esta massmediática o partidaria; contra la imposición de un «discurso uniforme», que tiene sus inicios en la «persecución», la «represión» y el «miedo» dictatorial y su continuidad en la «corrupción» y la «impunidad» del neoliberalismo, una democracia en la que existan «la libertad», «la pluralidad», «la libertad de consensos», «el poder pensar diferente». El imaginario de la militancia juvenil que el DK recupera es afín a las demandas sociales de renovación de la clase política; de la misma manera, también articula la memoria de una praxis política epocal con los ecos insurreccionales de 2001. Debe leerse allí también, y pese a todo, el resultado de la derrota que esa militancia sufrió: la consubstanciación de la *patria peronista* con el socialismo nacional que gran parte de la militancia juvenil peronista defendía ha dejado ahora su lugar a una militancia entendida, ni más ni menos, que como modelo de democracia. Otra forma de decir que la lucha contra el capitalismo ha dejado su espacio a un enfrentamiento contra el irracionalismo: «el fundamentalismo de mercado», las auténticas «manías nacionales»; también «la anarquía», la «conflictividad social», el «caos». La manera en que el DK interpreta las diferentes corrientes ideológicas y políticas del universo peronista ofrece como resultado esa «novedad extraordinaria» de la que habla Ricardo Sidicaro (en Natanson 2004, pág. 40) cuando describe al kirchnerismo: el intento por «reconciliar el liberalismo democrático

24. Este afán por fundar una democracia *real* tiene en el efecto de inmediatez una estrategia de relevancia. Dicho efecto no implica renegar de la mediatización de lo social o defender la posibilidad de una relación no mediatizada entre los representantes políticos, entre ellos el presidente, y los representados. Indicamos, por el contrario, la búsqueda de un efecto de inmediatez en el DK que retoma cierto espíritu de época de la poscrisis y que tiene por principal postulado la necesidad de una democracia cuanto más directa y horizontal, mejor. La pregunta, claro está, debería ir en el sentido de cómo ha sido mediatizado este efecto de inmediatez, es decir, cómo circulan en los medios de comunicación masivo las operaciones de inmediatez: el contacto directo, la prescindencia y el denuedo de todas las instancias de mediación «republicanas», la reivindicación del movimiento permanente y la acción cotidiana como estrategia capital de relación entre el líder y las masas: recorrer las calles, llegar a los pueblos alejados, incluso el discurso público oral monologal como signo de otra forma de concebir la relación entre políticos y ciudadanos.

con la tradición peronista». ²⁵ Como sea, están presentes los elementos que permiten definir el «capitalismo nacional» como un proyecto que pretende articular en su interior una alianza *viabile* entre capitalismo, democracia y nación.

Contra «Una auténtica manía nacional»: figuras del estado en el kirchnerismo

La restitución de un modelo nacional y democrático de capitalismo en el DK tiene por eje rector la configuración de un «estado promotor» que tercie entre las figuras extremas del estado benefactor y del estado neoliberal. Para el DK, la presencia del estado «constituye toda una actitud política» (DK; 25/05/03), a igual distancia de cualquiera de esos polos de «auténtica manía nacional»:

«Como se comprenderá el estado cobra en eso un papel principal, en que la presencia o la ausencia del estado constituye toda una actitud política. Por supuesto no se trata de poner en marcha, una vez más, movimientos pendulares que vayan desde un estado omnipresente y aplastante de la actividad privada a un estado desertor y ausente, para retornar continuamente de extremo a extremo, en lo que parece ser una auténtica manía nacional que nos impide encontrar los justos, sensatos y necesarios equilibrios». (25 de mayo de 2003)

La reivindicación del estado pone en primer plano la posibilidad gubernamental de intervenir en el «mercado». La presencia de un agente

25. En «Populismo y república. Algunos apuntes sobre un debate actual», Eduardo Rinesi y Matías Muraca repasan la contraposición frecuente en la actualidad entre «dos tradiciones políticas y teórico-políticas»: la populista y la republicana. Para los autores, sin embargo, esta disyuntiva encubre la reciprocidad necesaria entre ambas tradiciones de la cual se alimenta lo político: «Así, hay república porque hay, gracias a las instituciones y a las leyes, un campo, un terreno, un horizonte común, un espacio que, por así decir, es de todos, *universal*, pero al mismo tiempo solo hay república (solo podemos evitar que la república se corrompa y se pierda, se convierta en otra cosa) cuando ese campo común es un campo... *de batalla*: un campo donde se encuentran (...) los deseos, intereses y valores *contrapuestos* de los distintos sectores sociales, de las distintas *particularidades* que, de modo insanablemente conflictivo, conforman el cuerpo social. De manera que la tradición republicana está asociada a una forma de la tensión entre lo particular y lo universal (...) muy parecida (...) a la que habíamos encontrado ya habitando el corazón de la tradición populista» (2010, pág. 66).

estatal se relaciona en las palabras de Kirchner con la promoción de «políticas activas» que tendrían por consecuencia «el desarrollo y el crecimiento económico del país, la generación de nuevos puestos de trabajo y la mejor y más justa distribución del ingreso» (DK, 25/05/03). A diferencia, no obstante, de una concepción benefactora del estado, el «estado promotor» tiene por tarea neurálgica corregir al mercado en aquello que falle, articular aquello que este no organice, garantizar la «equidad» y la «inclusión social» (DK, 06/05/04) allí donde el mercado excluya. No se trata de que la inequidad, la exclusión y la desigualdad sean constitutivos del «funcionamiento del mercado»; se trata de «fallas» o desequilibrios. El mercado en sí mismo funciona y organiza; tiene, en el DK, un único problema: no «articula socialmente». Ese es, pues, el papel del estado: suplir lo que el «mercado» no hace:

«Sabemos que el mercado organiza económicamente, pero *no articula socialmente*, debemos hacer que el estado ponga igualdad allí donde el mercado excluye y abandona». (25 de mayo de 2003)

«Debemos contar con *un estado inteligente que establezca los límites precisos dentro de los cuales se desenvuelva la economía. Allí donde el mercado no es capaz de guardar equilibrio el estado debe de estar presente*. No se trata de reponer el estado voraz, deficitario, que consumió gran parte de los ahorros presentes y futuros de los argentinos, el estado en representación del bien común debe ser *quien arbitre* en las relaciones sociales y económicas sin condenar al país a la soledad *en un mundo que inexorablemente se vincula*. Un estado que no se instituya para favorecer a uno u otro sector de nuestra economía, pues de ese modo solo se lo tergiversa y se corrompe. *El poder del estado se establece por fijar* las reglas de la competencia y *sancionar* a quienes las infringen *para articular* políticas que garanticen la equidad entre los agentes de los distintos mercados, *para garantizar* los derechos de los consumidores, *para restaurar* el equilibrio social en el mismo momento que se quiebra». (10 de julio de 2003)

El «estado promotor» en el DK aparece, pues, como un marco regulador nacional en torno a la actividad del mercado en el contexto de un capitalismo global. Su «poder» se establece por reglamentar la marcha de los diferentes «agentes» mercantiles y su obligación es arbitrar el correcto funcionamiento de la oferta y la demanda: «fijar las reglas», «sancionar», garantizar, «restaurar». Se trata de una representación del estado que

pretende manifestar el justo medio entre concepciones antagónicas del rol estatal, la benefactora y la neoliberal, cada una de las cuales observa al proceso en ciernes con cierto desdén y escaso crédito. El DK define la posición del «capitalismo nacional» y de su «estado promotor» como una tercera opción:

«Ni el estado benefactor que no nos sirvió, ni el estado que lo han hecho desaparecer aquellos que no quieren estado para hacer sus negocios. Nosotros queremos un estado que proteja los intereses del pueblo argentino, que proteja los intereses de los más débiles, que proteja los intereses de los que no tiene nada, que proteja los intereses de los que quieren vivir en una patria con dignidad y con justicia». (18 de mayo de 2004)

Las alocuciones de Kirchner ofrecen pistas que conducen a pensar en el kirchnerismo como una fuerza política en la que confluyen las demandas sociales de un estado presente y la subsistencia de fuerzas liberales para las que la intervención estatal huele a corrupción y favoritismo.²⁶ La noción de «estado promotor» oficiaría como tercera vía entre la fobia liberal al estado, que encuentra en toda intervención estatal una tendencia a ese «imperialismo endógeno» que Michel Foucault detectaba en cierta «crítica inflacionaria del estado» (Foucault 2010, pág. 219 y ss), y la experiencia social reciente de la crisis del estado «desaparecido», con sus ecos de fin de fiesta menemista. Dos virtudes resultan superlativas en el DK para caracterizar esta tercera concepción estatal: la inteligencia, como cifra del equilibrio, el balance, la estabilidad y la previsibilidad, y la agilidad, que resulta un anhelo por atestiguar la dinámica, la movilidad, la frugalidad y la capilaridad del aparato estatal. Estamos ante una verdadera *gimnástica* de estado, que debe promover un estado a la vez «inteligente» (una coeficiencia de estado)²⁷ y «ágil» (una dietética de

26. Coexisten, por esa razón, en las alocuciones presidenciales un cúmulo de buenas intenciones con residuos semánticos del capitalismo más salvaje. Sobrevive, por ejemplo, la idea de que todo lo malo del capitalismo debe adjudicarse a agentes heterónomos que hacen «desaparecer» el estado «para hacer sus negocios». Asimismo podemos observar la contradicción flagrante entre un gobierno que, por un lado, pretende un estado «que proteja los intereses del pueblo argentino, que proteja los intereses de los débiles, que proteja los intereses de los que no tienen nada», y por otro, un estado «que no se instituya para favorecer a uno u otro sector de nuestra economía, pues de ese modo solo se tergiversa y se corrompe».

27. Esta coeficiencia de estado debe ser entendida en aquellos términos que expusiera Foucault acerca de la racionalidad gubernamental. La razón que

estado) que se constituya en garante de la racionalidad y la autenticidad rectoras del «capitalismo nacional» que el kirchnerismo propugna:

«Un estado inteligente, con capacidad para regular y controlar el cumplimiento de las reglas en todos los ámbitos donde ello se exija, debe contar con las herramientas adecuadas a esa finalidad». (1 de marzo de 2004)

«... la desburocratización es una tarea fundamental, y un estado nacional que sea ágil, dinámico, que llegue en el momento oportuno». (7 de octubre de 2003)

El «estado promotor» es la concurrencia en el DK de una coeficiencia que concrete y una dietética que acerque el estado a la sociedad, que lo haga presente, y de una coeficiencia que racionalice y una dietética que agilice el «estado omnipresente y aplastante». Así, el «estado promotor» funciona en el contexto del «capitalismo nacional» como una grilla que hace inteligible la dinámica global del capital como principio de reconstrucción nacional. En este sentido, el «estado promotor» del kirchnerismo sintetiza el *deber ser* nacional en el horizonte del capitalismo global, teniendo en cuenta la fragilidad en democracia de la forma nación sin la regulación mínima de un aparato estatal eficiente, es decir, inteligente y ágil. Se desprende de allí la reivindicación de una identidad nacional que forme ángulo con las dinámicas excluyentes e incluyentes que tensan las relaciones entre capitalismo y democracia.

El «capitalismo nacional» que el DK reivindica a diario como proyecto capitalista nacional y democrático sintetiza una posición de centro-izquierda que, al decir de Emilio De Ípola (2003), permanece dentro de los marcos de las relaciones de producción capitalistas, sin pretender destruirlas ni siquiera gradualmente. Esta posición, en el caso del kirchnerismo, significa entender, en primer lugar, que el neoliberalismo no ha sido «capitalismo en serio» (DK 01/03/04) sino un plan de...

«... raros capitalistas que se declaran como tales pero no quieren ni creen en la competencia ni en el riesgo empresario ni en las reglas claras y transparentes ni en el consumo masivo (...). Raros capitalistas que no creen en el consumo como motor de la economía y demandan achicamiento de salarios para mejorar supuestamente la situación del país». (2 de septiembre de 2003)

subyace en los principios del «estado inteligente» del kirchnerismo es que la maldad de un gobierno no reside «en la maldad del príncipe, sino en su ignorancia» (Foucault 2010, pág. 35).

Implica, en segundo lugar, que el capitalismo no es un sistema posible entre otros sistemas posibles, sino una dimensión de la naturaleza humana, una realidad, *la* realidad, siempre igual a sí misma, externa, inmodificable e inexorable:

«El capitalismo como sistema de ideas ha prevalecido entre otras cosas porque el consumir y vivir mejor no es una buena teoría, sino un aspecto sustancial de la condición humana». (1 de marzo de 2004).

Supone, por último, que la propia historia nacional ha ofrecido un ejemplo de conjunción exitosa entre capitalismo, democracia y nación, que no ha sido otro que el «mundo feliz» del peronismo clásico: modelo nacional y democrático que la militancia juvenil peronista de los setenta, según el DK, se aprestaba a continuar. Estas memorias parciales del movimiento peronista, que compendían una visión retrospectiva y prospectiva de la nación, confieren a la palabra kirchnerista una matriz discursiva para tornar verosímil la legitimidad de un proyecto político que pretende aunar el capitalismo como «aspecto sustancial de la condición humana» (DK, 01/03/04) y la posibilidad de pensar una nación soberana. Lo que está en combate es la posibilidad del discurso presidencial de hacer coexistir la dinámica capitalista con una idea colectiva de comunidad nacional:

«Queremos por nuestra parte reconstruir en la República Argentina un *capitalismo serio*, no intentamos construirlo aislado de *la gran aldea que hoy es el mundo*, pero necesitamos darle primero plena sustentabilidad interna, sin ello no tiene sentido ninguna integración». (16 de octubre de 2003)

Las conexiones entre capitalismo, democracia y nación exigen una mirada novedosa acerca de los procesos políticos en curso. Durante largo tiempo, y sobre todo después de la caída de los regímenes comunistas, la democracia fue considerada la forma de gobierno que mejor podría resolver, por sus tendencias socio-políticas expansivas e incluyentes, las tendencias excluyentes del capitalismo. Sin embargo, como afirma Boaventura de Sousa (Borón 2006, pág. 290), a poco de avanzar «la democracia empezó a ser un régimen que en vez de producir redistribución social la destruye». Desde su óptica, «una democracia sin redistribución social no tiene ningún problema con el capitalismo; al contrario, es el otro lado del capitalismo, es la forma más legítima de un estado débil». El kirchnerismo como fuerza política en ejercicio del gobierno no es ajeno a esta peligrosa convergencia. Resulta evidente a la luz de los análisis

desarrollados que el DK deja entrever en su propio seno la contradicción entre la reivindicación de un modelo nacional y democrático con presencia activa del estado, con pretensión de inclusión e igualdad social, y la continuidad de un sistema, que lleva inscrita en su propia lógica la concentración, centralización e internacionalización del capital y la exclusión progresiva de ciudadanos.

La reivindicación de una identidad nacional en el DK debe, con todo, conducirnos a reflexionar acerca de la pertinencia comunitaria de los imaginarios nacionales ante el *cul-de-sac* de los capitalismos democráticos contemporáneos. Ha sido Eduardo Grüner, recuperando los trabajos de Gayatri Spivak, quien ha pensado en la nación como un «esencialismo estratégico» (2005, pág. 241) en la marcha hacia «la *universalidad concreta* de una civilización igualitaria» (2005:186). Podemos afirmar que la identidad nacional reviste un renovado interés a la hora de generar colectivos incluyentes de identificación que tiendan a contrarrestar imaginaria y simbólicamente la desintegración de lo común bajo la égida de capitalismos democráticos. La reflexión acerca de la refundación como gesto de unidad nacional tiene, en este sentido específico, utilidad para investigaciones futuras.

Conclusiones

Crítica del neoliberalismo, defensa de un «capitalismo en serio» integrado al capitalismo global, reivindicación de un modelo nacional y democrático en filiación con ciertos imaginarios del peronismo, adaptación de los objetivos políticos de la militancia juvenil setentista a una tradición política democrática; estas son, *grosso modo*, las principales líneas que esbozan la consolidación y el horizonte semiótico del kirchnerismo como fuerza política en la particular instancia de poscrisis nacional.²⁸ La propia noción de «capitalismo nacional» nos pone frente a una *contradictio in*

28. A primera vista, tres grandes olvidos estructuran en ausencia la coherencia del relato kirchnerista. Ya mencionamos dos de ellos en notas anteriores: la Generación del ochenta y la continuidad entre la «Nación en armas» y la «Doctrina de Seguridad Nacional». El tercer olvido significativo es el gobierno de transición de Duhalde, que esbozó en los hechos las principales líneas de los inicios del gobierno de Kirchner. Como demostramos en otro lugar (Dagatti 2010), el kirchnerismo reconstruye, con sus motivos, filiaciones y olvidos, ese «modelo de llegada» que Silvia Sigal y Eliseo Verón describieron en el primer peronismo. Ha sido Beatriz Sarlo (2011, pág. 224) quien más ha destacado este efecto de elipsis: «La abolición de Duhalde es lo que funda la excepcionalidad del tiempo kirchnerista», sentando las bases para que Kirchner aparezca en un enfrentamiento directo «con el país en llamas de diciembre de 2001». Eduardo Rinesi (en Natanson 2004) abona la idea de que «el modo de hacer política de

adjetivo que el DK ejerció como un epíteto soberano. Existen en dicha fórmula reverberaciones de una lucha generacional que no ha sido saldada pero también ecos de una derrota que trazan con esas batallas de época bosquejos de una democracia liberal. Como toda construcción de hegemonía, la de Kirchner es también un ejercicio de la palabra: la recuperación de una «identidad nacional perdida» que regule las tendencias disolutivas del capitalismo democrático contemporáneo, a partir de redes de filiación imaginarias que organizan lo decible y que funcionan como nodos para tramar lazos sociales y simbólicos solidarios; esto es, la reconstrucción imaginaria de un colectivo nacional como arma estratégica.

La refundación kirchnerista opera discursivamente en el cruce entre capitalismo, democracia y nación, ejerciendo una triple reivindicación: una reivindicación de la democracia en la tradición de la militancia como construcción política plural y diversa que debe ejercerse en una instancia pública presencial, por fuera de toda instancia de mediación que no hace, sino tergiversarla y corromperla; una reivindicación de la nación en la tradición del peronismo como entramado social aglutinante que tiene por fundamento una constelación de tradiciones e imaginarios comunes, y una reivindicación del capitalismo, arbitrado por un «estado promotor», como ejercicio racional y auténtico de la condición humana. El DK concilia de esta manera tradiciones nacionales y democráticas comunitarias con un capitalismo contemporáneo que tiende a desgarrar de manera repetida el tejido social en lo que Jorge Alemán (2009) denomina su «economía del puro goce». Podemos afirmar que el problema del «capitalismo nacional» para Kirchner no pasa por la sustancia del capital, sino por la forma de la nación, o dicho de otra manera, por cómo lograr un capitalismo que respete formas mínimas del *mayor nosotros*: la «identidad nacional» como simbólica de la unidad.

El acento que en nuestros días recibe la condición «nacional y popular» del kirchnerismo y su confrontación a diario con «la oligarquía» y las «corporaciones mediáticas» no debe hacernos prescindir de esa condición fundacional en la que el ejercicio de construcción política tenía sus fundamentos en una reconstrucción sustentable del capitalismo, que recibía de determinadas tradiciones e imaginarios nacionales y democráticos componentes para el diseño de una identidad comunitaria. Las identi-

Kirchner» «recoge los dos movimientos más importantes del gran trastocamiento de la escena política que tuvo lugar entre diciembre de 2001 y el final de la presidencia de Duhalde»: «el movimiento conflictivista, contestatario, fuertemente antiestatal» de las insurrecciones de 2001 y «una idea de orden y la regeneración del peronismo como el actor político capaz de retomar ese orden» que definieron los meses duhaldistas. Así, «Kirchner es un hijo de diciembre de 2001, pero también de 2002».

dades políticas y los imaginarios sociales son incesantemente objetos de reescrituras individuales, colectivas y massmediáticas, que les confieren a esas «comunidades imaginadas» que son las naciones relatos singulares y tradiciones sedimentadas, temas y motivos que trazan líneas profundas en la historia de los pueblos, persistencias inquietantes y circunstancias imprevistas. El kirchnerismo ha sido fértil en producir nuevas tramas y rupturas; curiosamente, ha sido también un discurso de muertos, ausencias y nostalgias que ha deseado construir una epopeya sobre el campo de su tragedia. Desde los orígenes del «capitalismo nacional» hasta los avatares recientes del proyecto «nacional y popular», muchas de las consignas iniciales han mudado, numerosas han perdido fuerza en la intemperie de los meses, otras han nacido al calor de los conflictos; las pasiones, los valores, las virtudes en estima han variado. Nuestro capítulo ha tenido la tarea de recordar estos trayectos y el objetivo crítico de desnudarlos.